

LA HOJA DEL PUEBLO.

Órgano del Partido Democrático Costarricense.

PERIÓDICO POLÍTICO Y DE VARIEDADES.

EDITOR RESPONSABLE, Juan F. Troncoso.

ADMINISTRACIÓN GENERAL.
Imprenta de J. Canalías.

San José, Sábado 24 de Setiembre de 1892.

«LA HOJA DEL PUEBLO.»
Saldrá por ahora todos los Sábados.

Condiciones de publicación.

La suscripción importa en esta República, la serie de 12 números. . . \$ 1.00 cts.
El número suelto vale. . . » 0.10 »
Los avisos, por cada centímetro cuadrado, una sola vez. . . » 0.01 »
Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado. . . » 0.03 »
Los que anunciaren por anualidades gozarán de la rebaja de un 10 0/0.
Los avisos en lectura sencilla que no pasen de 20 palabras se cobrarán a razón de. . . » 0.25 »
Los comunicados de interés general se publicarán gratis. Los de interés particular a precios convencionales, siempre que los unos y los otros estén escritos en términos cultos y convenientes.
El Editor no es responsable por los comunicados y lo serán exclusivamente sus autores.
En ningún caso se devuelven originales.

CALENDARIO.

SEPTIEMBRE.

ESTE MES TIENE 30 DÍAS.

Sáb. 24.—NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, (Patrona de la villa de Grecia y de los Palmares.) San Gerardo, obispo y mártir.
Dom. 25.—Santa María de Cervellón, vg., san Lope, obispo de Amiens, san Cleofás y san Fermín, obispo.
Lun. 26.—San Cipriano y santa Justina virgen y mártires.

PERMANENTE.

Sabemos de una manera fidedigna que cierto Partido Político, al hacer su propaganda, se vale del nombre del nuestro, con el fin de que se le afilien algunos verdaderos demócratas costarricenses. Estén alerta, pues, nuestros Obreros, Agricultores y Artesanos, y precávense de tales maquinaciones. Desconfíen de los que por medio del engaño tratan de infundirles desconfianza, vacilación ó desaliento.

Para cualquier informe que se necesite, no hay más que acudir, por ahora, a la Imprenta de J. Canalías, donde con sinceridad, se impondrá al que lo solicite de cualquier detalle referente á evitar el funesto resultado de las maquinaciones á que antes hemos aludido.

Hacemos saber á nuestros correligionarios de toda la República, que nuestro Partido no se unirá á ningún otro, en caso alguno; pero si aceptará al que le preste su adhesión de buena fe, y sin otro compromiso que el de procurar el bien general del País, pues preferimos perder ganando á ganando perder.

LA HOJA DEL PUEBLO.

A nuestros lectores.

Accidentes, hacen que hoy *La Hoja del Pueblo*, aparezca publicada en otra Imprenta. Allá en la que dimos nuestros primeros números, merecimos aplausos por nuestras impresiones nítidas, y por nuestras ideas siempre inspiradas en los dictados del PARTIDO DEMOCRÁTICO COSTARRICENSE.

Aquí estamos otra vez. No estamos arrepentidos de nuestras anteriores tareas, porque contando sólo con nuestra buena fé, hemos tratado problemas políticos y sociales, y merecido aplausos en el extranjero y hasta la reproducción de artículos publicados en nuestra humilde Hoja.

Y nosotros ¿qué buscamos? Nada personal, como lo dijimos en nuestro primer número, ningún candidato preconcebido para Presidente de la República.

Buscamos una cosa solamente. El triunfo de la idea democrática, y el mejoramiento de nuestro país en lo material y en lo moral.

Por eso en *La Hoja del Pueblo* han aparecido cuestiones referentes, no sólo á los principios democráticos que profesamos, y á la sana enseñanza del pueblo, sino acerca de las llagas sociales que están carcomiendo esta sociedad: la embriaguez, la prostitución, el juego.

En todo eso hemos puesto valor el dedo en la llaga, y tal vez esos males no son sólo nuestros.

¿Nuestra tarea está terminada? No. Los acontecimientos de un país se renuevan día á día y la propaganda de la idea democrática, es la que llevamos como emblema en el pabellón de nuestro partido, necesita hacerse oír en todas las circunstancias, hasta que mediante ellas estén convertidos en realidad, los ideales que llevan en su alma los hombres humanitarios.

No extrañen, pues, nuestros lectores, que siempre los hijos del trabajo, esto es, los miembros del PARTIDO DEMOCRÁTICO COSTARRICENSE, interrumpamos tal vez sus horas de descanso, con la pu-

blicación de nuestras doctrinas, quizá mal expresadas, pero que se libran por el desinterés que nos anima, la recta intención y el patriotismo.

Dispénsennos por hoy nuestros lectores, nativos y extranjeros, que tanto nos han favorecido. Mientras tengamos vida, seguiremos comunicándoles nuestras inspiraciones y la condensación del fruto de nuestros estudios.

En estas circunstancias, hemos escrito á la ligera el siguiente editorial.

**

En los fastos de la historia del mundo, tal vez no hay fecha tan memorable como el 12 de Octubre de 1492. Hay hombres predestinados por una Providencia incomprensible, para realizar los más grandes destinos de la humanidad.

Cristóbal Colón, á la avanzada edad de sesenta y seis años, después de haber sufrido mucho, emprendió su cuarto viaje, saliendo de Cádiz, el 9 de Mayo de 1502, con cinco pequeñas carabelas pobremente tripuladas, llevadas por fines providenciales á descubrir un nuevo mundo.

El genovés marino la primera tierra centroamericana que descubrió fué la isla de Pinos, con ese nombre bautizada por él.

La historia del descubridor del nuevo mundo no cabe en los estrechos límites de un artículo de periódico; no cabe en un libro, cabe solamente en una gran biblioteca, llamada la humanidad.

Después de caminar de corte en corte, en la de los Reyes Católicos halló protección el atrevido navegante y, la reina Isabel, al hacerle el presente de sus joyas, hace olvidar una negra sombra de su reinado, de la cual hoy no queremos hacer recuerdos.

Colón sufrió horribles tempestades en el Océano; temores por la vida de su hermano y de su propio hijo y, como dice un historiador, calumnias, persecuciones y tratamiento cruel que condenó la opinión pública indignada; justicia tardía del monarca que invistió con amplias facultades á los envidiosos de tanta gloria.

Pero hoy la posteridad se levanta justiciera para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América y en esta celebración se unen España y sus hijas las repúblicas Ibero-Americanas, en medio de sus desgracias, florecientes y realizando conquistas inmortales en el campo del derecho.

Al descubrimiento de América siguió el drama de la conquista, mejor digamos, la sublime epopeya en que escribieron sus nombres en la historia universal los portugueses del fin del siglo XV y los castellanos del siglo XVI.

No fueron sólo naciones de raza latina las que poblaron este nuevo mundo. Allá en el norte del continente arribaron los puritanos á sembrar la semilla de una de las naciones más grandes de la tierra, emporio de la libertad, fecunda en los inventos que más enorgullecen hoy al mundo, inmenso taller artístico, donde todo es grande; y no es necesario decir que nos referimos á los Estados Unidos de Norte América.

No seremos nosotros los que digamos que en este continente está planteada la lucha de dos razas antagónicas; nuestros principios democráticos nos hacen pensar únicamente en la identificación de todas las razas, en la solaridad de la especie humana, compuesta de individuos indudablemente hijos de los mismos padres, y que son iguales en el nacimiento y en la muerte y en los deberes que todos tenemos para contribuir á la realización de la fraternidad universal y al reinado de la justicia y del derecho.

Tal vez más tarde Europa, exhuberante en población, cargada de sus tradiciones viejas y entrando en su seno los gérmenes de una revolución social, dirija con más intención hacia este nuevo mundo, sus miradas, para que lo que á ella le sobra venga á buscar vida, bienestar y riqueza en fértil suelo americano donde todavía hay montañas vírgenes, campos que sólo necesitan ser regados por el sudor de los trabajadores libres.

Hemos dejado correr libremente

te la pluma al pensar en la fecha del 12 de Octubre de 1492. Hé aquí la justicia de la posteridad, hé aquí á España y á sus hijas las repúblicas Ibero-Americanas levantando un Hosanna al descubridor del nuevo mundo.

**

Hemos leído con el mayor gusto telegramas publicados en *La Gaceta* diario oficial que nos hacen creer que estamos lejos, por el momento, de que nos invada el cólera morbo.

La actitud que ha tomado el Gobierno ante esta emergencia desagradable, es muy plausible.

La circular del Ministerio de Policía nada deja que desear y ahora lo que falta es que sea cumplida estrictamente en todas las provincias y comarcas.

El Protomedicato de la República, por lo que hemos visto, es acreedor á los mayores aplausos; tiene la mirada fija en la posible invasión que nos pudiera hacer dicha epidemia.

El Protomedicato, al dar noticias consoladoras, oficialmente recogidas, impone el mayor asco.

Hé aquí, pues, el momento en que la Policía de Higiene debe redoblar su celo; hé aquí el momento en que todos debemos contribuir á cumplimentar las leyes de la higiene pública.

Talvez en otra ocasión nos ocuparemos de esa epidemia caprichosa, que partiendo de las orillas del Ganges, recorre el mundo sin derrotero fijo; y explicaremos cómo ha sido el cólera en Centro América; mas por hoy nos limitamos á encomiar al Gobierno y al Protomedicato.

**

Hemos leído en *La República* algo referente á invasiones de parte de nuestra hermana y vecina Nicaragua. Extraña situación la nuestra, no hay vecina que no nos invada. En esta Hoja hemos dicho ya algo acerca de nuestras cuestiones con Colombia y Nicaragua. De ello nos ocuparemos más tarde de una manera extensa.

Hay mucho que decir sobre el particular y lo diremos.

Colombia tiene más territorio que toda la América Central y Nicaragua es la que más lo tiene entre estas Repúblicas hermanas. Y es triste, muy triste que en vez de estrechar brazos fraternales, estemos en cuestiones por palmo más ó menos de tierra.

Por ahora silencio y á su tiempo hablaremos; con los datos y las cartas geográficas en mano.

COMUNICADO.

Señor Editor de

LA HOJA DEL PUEBLO.

Hemos extrañado mucho no ver ya su periódico, y eso es no sabemos qué. Nuestras palabras no son dignas para dirigirse á U., porque carecemos de educación,

pero algo vimos en sus números, que nos dió una idea y creemos que se cumplirá.

Vea, nosotros llevamos una idea, señor Editor, y en nuestra conciencia religiosa y republicana nos parece á nosotros que no vamos mal.

En fin, U., señor editor, dirá lo que quiera de estas líneas que yo he escrito y tenga la firmeza de que me gusta el PARTIDO DEMOCRÁTICO COSTARRICENSE.

En Cartago estamos bien y no se asuste si más tarde recibe otra carta mía.

El tiempo no ha sido bueno y tampoco malo; el volcán no ha resollado ahora y nosotros estamos tranquilos; lo que vendrá no lo sabemos, pero yo en todo caso le escribiré mis líneas.

Hora sólo le digo que *La Hoja del Pueblo* nos cuadró y nos hace falta. Siga señor editor y dispense tantas faltas de esta carta; y todavía tengo que decirle; si usted está en dificultades de plata no se aflija; aquí hay quienes piensan y nos vamos juntos.

Un cinco de cada uno y nuestra opinión.

Dispense y mande á su servidor

Un Cartago.

MISCELANEA.

Contratiempo. La Imprenta en que se publicaba *La Hoja del Pueblo* es hoy un asunto digno de la discusión que hoy tenemos pendiente; y esperamos los resultados.

Incidental. Esta *Hoja del Pueblo*, tiene reclamos por su no inoportuna aparición. Recibimos pedidos de muchas partes, que esperan nuestros humildes trabajos, y nosotros nos esforzaremos por servir siempre bien á nuestros correligionarios y á nuestros favorecedores.

La Hoja del Pueblo, siempre inspirada por las ideas del PARTIDO DEMOCRÁTICO COSTARRICENSE, sale hoy, de otra imprenta; cambia de tipos mas de ideas, nó.

Sustentadores de la causa del pueblo que es la causa de la nación, seguiremos combatiendo en el terreno del derecho, y nosotros lo hemos dicho desde que aparecimos á la vida pública, nuestra aspiración es *perder ganando á ganando perder*.

El Editor de este periódico ha recibido una carta de Cartago y la publica *La Hoja del Pueblo*, en la sección correspondiente apreciando la buena intención que tiene y sin fijarse en las incorrecciones del lenguaje; nuestro periódico siempre saldrá á luz, cualesquiera que sean las dificultades que crucemos, porque lo alienta una idea democrática y en todo caso contamos con los adiptos á ella.

No tenemos aspiración personal ninguna y sin embargo nuestras doctrinas se oirán en nuestra patria y fuera de ella.

Cuando se lucha de buena fé, y desinteresadamente, no puede el pecho arbrigar temor alguno; y esa comunicación de un correligionario de Cartago, la acogemos y aunque no hablemos de sus modos de expresarse recibe nuestras simpatías.

Nuestro colaborador que ha consagrado sus trabajos al pueblo, continuará favoreciéndonos con ellos

y nos honraremos en que ocupen su debido lugar en las columnas de esta Hoja.

Don José Pinto y Señora, esperan el próximo enlace de su estimable hija Mercedes con el señor don Gustavo Pradilla H. A nosotros corresponde únicamente hacer votos por la felicidad de ese nuevo hogar. Que sea muy feliz y que don José Pinto y señora vean en él la realización de sus aspiraciones.

Cumplimos el triste deber de consagrar un recuerdo á la memoria de la Sra. D.^a Jerónima Montealegre de Carranza. Sus apreciabilísimas hijas, y todos sus deudos, reciban la expresión de nuestra más sentida condolencia.

Muy feliz, como siempre, nos ha parecido, el Doctor don Antonio Zambrana, en el discurso que pronunció en la inhumación del cadáver de don Pedro Ortiz. A las palabras del orador cubano agregamos nosotros estas pálidas líneas, en recuerdo de un literato Centroamericano.

Don Justo Quirós, capitán costarricense, nos dicen que se encuentra gravemente enfermo; deseamos su pronto restablecimiento.

Hace dos veces que hemos denunciado á la Policía un depósito de cueros situado en la casa número 461, calle 21, Norte. Hace tres días llegó á ese depósito un nuevo surtido de cueros pestilentes. Si las indicaciones de la prensa valen poco para quitar ese lugar de infección, el vecindario está dispuesto á elevar á la autoridad correspondiente un memorial que esperamos no será desatendido.

VARIEDADES.

Orestes furiosos.

Yo no me llamo Pilades, de lo que me alegro mucho; y sin embargo, tengo un amigo que se llama Orestes. Después de esto vaya V. á creer en la historia.

Hombre de buenas costumbres, hasta el punto de no haberse casado nunca como Jesucristo y de hacer la corte á cuanta hembra se le pone á tiro (locución por cierto incomprensible mientras no se especifique de qué arma), esta segunda edición del hermano de Ifigenia tenía, no obstante, un defecto capital; el de creer que conocía á las mujeres. ¡Cuidado si es pretensión! De vista no digo que no, y aún por el tacto los ciegos, en virtud de que cuando alguno de los sentidos paraliza sus funciones, los restantes se desarrollan por una á modo de herencia; pero á fondo, intrínsecamente, como carácter, me juego mi cabeza contra otro queso de bola á que Balzac y yo sabemos lo mismo sobre el asunto.

He dicho que Orestes tenía aquel defecto porque después de la aventura que voy á referir ya no lo tiene; se le ha ido como se van el tiempo y otras muchas cosas, para no volver.

Pero entremos en materia, ó sea en el cuarto que mi amigo ocupaba en una fonda, cuyo nombre, por no importarnos, saltaremos, aunque sea *las Pirámides de Egipto*. El lugar tampoco hace al ca-

so, porque la mujer no tiene patria; ó para hablar con más propiedad, tiene su patria allí donde se encuentra; de tal modo se parecen todas las señoras que pueblan este pequeño mingo del billar del universo. (La tierra, para los que no sean fuertes en metáforas.)

Baste saber que en la susodicha fonda había pulgas y balcones, y que aquellas hicieron asomarse á mi amigo á éstos, que daban (nunca he podido averiguar el qué, pero, en fin, daban) á un patio, al cual caían las ventanas de la casa de enfrente.

De pronto un estrépito de cristales hizo bajar la cabeza á Orestes, pues la tenía levantada como siempre que se despierta uno y se asoma á la calle, que, sin saber por qué, lo primero que se le ocurre es mirar hácia arriba para ver cómo está el tiempo, y caten ustedes que á nivel suyo y por entre un marco de cortinas de *crochet*, abiertas como las piernas de un bailarín cuando, después de dar más vueltas que un perro loco para echarse, se queda esperando el aplauso del público, vé aparecer en una de las ventanas que caían adonde daban sus balcones á una mujer que... vaya, no la quiero pintar, porque si me sale bien el retrato me quedo con él y no se lo enseño á nadie más que al dorador para que le ponga un marco.

Guapa era la mosa, si, señor, guapa; y no tanto por los trazos de la fisonomía como por las trazas del conjunto. Mirado de perfil parecía su cuerpo la culebra enroscada á la vara de Esculapio. Su cabecita, de un rubio á lo Rubens, diríase un faisán dorado posándose sobre un requesón colorado con jugo de fresa y flanqueado de dos rabanetes rosa con una gota de rocío en las extremidades. (No me ha salido mal la comparación; de buena gana me comería el simil y me montaría unos botones con los brillantes de las orejas.)

—¡Hola! aventura tenemos—exclamó Orestes al ver que la muchacha traía y llevaba las vidrieras sin otro fin que el de mover ruido con que llamarle la atención y asestándole los dos zafiros de sus ojos, que se los cambió cuando gustó á la dueña por los botones que me quería hacer de sus pendientes.

Verdad que Orestes era hombre capaz de inspirar á cualquiera mujer una pasión como no les gusta la muerte á los médicos, repentina. Yo no he conocido ni á Apolo, ni á Antinoo, ni á Spartaco; pero si á mi amigo le hubiera sido otorgado el privilegio que á aquellos señores de salir desnudo por la calle, en punto á formas les dá á los tres quince y raya, como suele decirse en estilo de trinquete. En fin, la única cosa que hoy lleva el mortal sin funda, la cara, en nuestro héroe no tenía pero, por haber convenido en que sea pera el adorno capilar con

que, desde las guerras con los moros, los cristianos vienen formándose el signo de la cruz en combinación con los bigotes, y sin duda con la nariz (aunque para nada las mientan las crónicas), pero yo lo supongo, porque sinó el lábaro que se quedaba sin INRI y más que cruz sería el volante de un barquillero.

En cuanto los dos se hubieron mirado, Orestes cojió una silla y se sentó en el balcón; no en la baranda, sinó en la repisa, y con la silla entre el suelo y su humanidad (sinécdoque; tomo el todo por la parte). Ella hizo en su ventana dos cuartos de lo mismo, y como cuesta cuatro el asiento más módico en toda vía pública, deduzco de la frase que sólo dió reposo á la mitad de la sinécdoque.

Pronto empezaron á cruzarse más señas que entran por el buzón de la Central de Correos desde Pascua á Reyes. Al cabo dieron las seis; levantóse ella, y poniéndose sobre el occipucio un parchecito redondo con unas cintas muy anchas á modo de barbuquejo, que á ser sombrero apenas había por otros dos cuartos, se quedó mirando á su vecino como quien dice:—A la calle me voy.—El se calzó uno que estaba pidiendo una manada de pavos para cobijarse á su sombra, y se exhibió en el balcón como contestando:—Pues allá vamos todos.—Y en efecto, se encontraron en el arrollo con recíproco placer, pero con la diferencia de que mientras él iba como una lección de flauta sin nadie que lo acompañase, la desconocida se apoyaba en el brazo de un señor bastante maduro para poder servirle de padre, pero no lo suficiente para destruir la presunción de un marido. En la duda, Orestes los dejó pasar y siguió á la hembra por entre la muchedumbre, orientándose por el abdomen del macho.

Anda que andarás y nunca llegarás, esta especie de jugarreta de lotería á ambo y eterno caminaba que era una bendición; el marido (pues lo era) deleitándose en contemplar la faja de horizonte que se habría, no muy ancha, entre el torax de donde le nacía el vientre y el marco de los anteojos por medio de los cuales miraba. La señora sacudiéndolo de vez en cuando algún insecto pertinaz que no existía más que en su deseo de volver la cara hacia mi amigo, el cual ya empezaba á serlo más suyo, ó acariciando al perrito que venía tras ellos y del que no volveremos á ocuparnos, pues aquí se acaba su misión. Y Orestes, imitando á la desgracia en no cansarse de perseguir y exclamando para su capote (uno que tenía en casa, pues la acción pasa en verano): «Pan comido, pan comido, dos palabras que si no me equivoco pueden reducirse á una sola.

Los tres, ya que he prometido no volver á mencionar el perro, volvieron á sus respectivos hoga-

res, y entre comer y una cosa y otra se echó la noche encima, con lo que desapareció la luz diurna primero y después la insertidumbre de Orestes sobre si eran pares y nones; es decir, si era padre ó marido el señor de los tirantes; porque convendrán ustedes conmigo en que los usaba, toda vez que no se le caían los pantalones. Y hé aquí cómo ocurrió el caso.

Era la noche serena, pero sin luna. El cielo semejaba una inmensa criba, por entre cuyos agujeros se tamizase una luz tan fría por el tono como por lo que tirataba. Había, pues, una oscuridad relativa en la atmósfera y otra absoluta en el cuarto de Orestes, quien, para poder explorar desde el balcón sin ser visto, había apagado el quinqué. En la casa o puesta tenían, por el contrario, una lámpara encendida en cada habitación, y como no faltaba su cortina correspondiente en cada hueco, aquello parecía una academia de baile.

Lo que primero hirió la vista y el amor propio de mi amigo fué una cama nupcial levantada en la pieza contigua á aquella en que había hecho su aparición por la tarde la dama incógnita.

—¿Y qué?—se dijo al cabo de un instante poniéndose una cataplasma de conformidad sobre la mordedura de los celos.—¿Qué importa que sea su marido? Mejor. Si son dos á dormir en esa cama, donde hay dos hay uno; y como dos y uno son tres y tres equivale á terno, puede que le caiga la lotería.

(Continuará.)

LITERATURA.

La oración por todos.

I.

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora De la conciencia y del pensar profundo; Cesó el trabajo afanador, y al mundo La sombra va á colgar su pabellón. Sacude el polvo el árbol del camino, Al soplo de la noche; y en el suelto Manto de la sutil neblina envuelto, Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su ruedo de cambiante nácar El occidente más y más angosta; Y enciende sobre el cerro de la costa El astro de la tarde su fanal. Para la pobre cena aderezado Brilla el albergue rústico, y la tarda Vuelta del labrador la esposa aguarda Con su tierna familia en el umbral.

Brota al seno de la azul esfera Uno tras otro fúlgido diamante; Y ya apenas de un carro vacilante, Se oye á distancia el desigual rumor. Todo se hunde en la sombra: el monte [el valle, Y la iglesia, y la choza, y la alquería; Y á los destellos últimos del día Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento En la arboleda, el pájaro en el nido, Y la oveja en su trémulo balido, Y el arroyuelo en su correr fugaz. El día es para el mal y los afanes; ¡Hé aquí la noche plácida y serena! El hombre tras la cuita y la faena Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños Conversan con espíritus alados; Y los ojos al cielo levantados, Invocan de rodillas al Señor. Las manos juntas, y los piés desnudos, Fe en el pecho, alegría en el semblante, Con una misma voz, á un mismo instante

Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa Sobre su cama volarán ensueños, Ensueños de oro, diáfanos, risueños, Visiones que imitar no osó el pincel. Y ya sobre la tersa frente posan, Ya beben el aliento á las bermejas Bocas, como lo chupan las abejas A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala Esconde su cabeza la avecilla, Tal la niñez en su oración sencilla Adormece su mente virginal. ¡Oh dulce devoción, que reza y riel! ¡De natural piedad primer aviso! ¡Fragancia de la flor del paraíso! ¡Preludio del concierto celestial!

II.

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo Ruega á Dios por tu madre; por aquella Que te dió el ser, y la mitad más bella De su existencia ha vinculado en él. Que en su seno hospedó tu joven alma, De una llama celesté desprendida; Y haciendo dos porciones de la vida, Tomó el acibar y te dió la miel.

Ruega después por mí. Más que tu [madre Lo necesito yo... Sencilla, buena, Modesta como tú, sufre la pena, Y devora en silencio su dolor. A muchas compasión, á nadie envidia, La vi tener en mi fortuna escasa: Como sobre el cristal la sombra, pasa Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ni lo sean ¡A ti jamás!... los frívolos azares De la vana fortuna, los pesares Ceñudos que anticipa la vejez; De oculto oprobio el torcedor, la espina Que punza á la conciencia delinciente, La honda fiebre del alma, que la frente Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco, Conozco al mundo, y sé su alevosía; Y tal vez de mi boca oírás un día Lo que valen las dichas que nos dá. Y sabrás los que guarda á los que rifan Riquezas y poder, la urna aleatoria, Y que tal vez la senda que á la gloria Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma, Y cada instante alguna culpa nueva Arrastra en la corriente que la lleva Con rápido descenso al ataúd. La tentación seduce; el juicio engaña; En los zarzales del camino deja Alguna cosa cada cual: la oveja Su blanca lana; el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al Pocas palabras dirigitte baste: [cielo «¡Piedad, Señor, al hombre que criaste; Eres Grandeza; eres Bondad; perdón!» Y Dios te oírás; que cual del ara santa Sube el humo á la cúpula eminente, Sube del pecho cándido, inocente, Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin: á la luz pura Del sol, la planta; el cervatillo atado, A la libre montaña; el desterrado, Al caro cielo que le vió nacer, Y la abejilla, en el frondoso valle, De los nuevos tomillos al aroma; Y la oración en alas de paloma A la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva á Dios tu [ruego, Soy como el fatigado peregrino, Que su carga á la orilla del camino Deposita y se sienta á respirar. Porque de tu plegaria el dulce canto Alivia el peso á mi existencia amarga

Y quita de mis hombros esta carga, Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea En esta noche de pavor, el vuelo De un ángel compasivo que del cielo Traiga á mis ojos la perdida luz. Y pura finalmente, como el mármol Que se lava en el templo cada día, Arda en sagrado fuego el alma mía, Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos, Los que contigo crecieron Y un mismo seno exprimieron, Y un mismo techo abrigó; Ni por los que te amen sólo El favor del cielo implorés: Por injustos y pecadores Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso Que ufano se pavonea, Y en su dorada librea Funda insensata altivez; Y por el mendigo humilde Que sufre el ceño mezquino De los que beben el vino Porque le dejen la hez:

Por el que de torpes vicios Sumido en profundo cieno, Hace aullar el canto obscuro De nocturna bacanal; Y por la velada virgen Que en su solitario lecho, Con la mano hiriendo el pecho, Reza el himno sepulcral:

Por el hombre sin entrañas, En cuyo pecho no vibra Una simpática fibra Al pesar y á la aficción; Que no dá sustento al hambre, Ni á la desnudez vestido, Ni dá la mano al caído, Ni dá á la injuria perdón;

Por el que en mirar se goza Su puñal de sangre rojo, Buscando el rico despojo, O la venganza cruel, Y por el que en vil libelo Destroza una fama pura, Y en la aleve mordedura Escupe asquerosa hiel;

Por el que surca animoso La mar, de peligros llena; Por el que arrastra cadena, Y por su duro señor; Por la razón que leyendo En el gran libro, vigila; Por la razón que vacila; Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos Los que penan y trabajan; Y todos los que viajan Por esta vida mortal. Acuérdate aun del malvado Que á Dios blasfemado irrita; La oración es infinita: Nada agota su caudal.

IV.

¡Hija! reza también por los que cubre, [bre, La soporosa piedra de la tumba, Profunda sima adonde se derrumba La turba de los hombres mil á mil: Abismo en que se mezcla polvo á polvo, [vo, Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja En que al añoso bosque abril despoja Mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra Donde segada en flor yace mi Lola; Coronada de angélica aureola; Do helado duerme cuanto fué mortal; Donde cautivas almas piden preces Que las restauren á su ser primero, Y purguen las reliquias del grosero Vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija! Cuando tú duermes, te sonríes, Y cien apariciones peregrinas, Sacuden retozando tus cortinas; Travieso enjambre, alegre volador;

Y otra vez á la luz abre los ojos.
Al mismo tiempo que la aurora hermo-
sa
Abre también sus párpados de rosa.
Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!...; si supie-
ras
Que sueño duermen!... su almohada es
fría,

Duro su lecho; angélica armonía
No regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio,
Logre á su oscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor se-
creto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
Y del ocaso el tinté carmesí;
En las quejas del aura y de la fuente,
¿No te parece que una voz retüña,
Una doliente voz que dice: «Niña,
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muer-
tos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror; hierbas extra-
ñas
Ciegan su sepultura; á sus entrañas
Arbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura
Que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas
Y para mi la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Si, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir.

ANDRÉS BELLO.

FOLLETÍN.

Una excursión al monte sagrado.

RECUERDOS DE ITALIA.

Acompañado de varios compatriotas y de tenor Tamagno, hice una excursión al Monte Sagrado, que se yergue majestuoso al pie de la pequeña ciudad de Varese y que tiene el atractivo singular y extraño de lo desconocido, para los que, como nosotros, estamos habituados á las planicies vastas y á las llanuras infinitas de la Pampa.

La mañana era espléndida. El ambiente saturado de la brisa balsámica de la montaña y las flores silvestres despedían gratos olores; los castaños y los pinos en flor deleitaban la vista fatigada, y el gorjeo de los ruiseñores y de los mirlos, en la espesura sombría, halagaban el oído y hacían correr veloces las dos horas de volanta,

que median del pueblo á la mitad del camino que conduce al monte histórico.

La senda recorrida es de las más variadas y pintorescas que se puedan imaginar: hileras no interrumpidas de árboles frondosos de todas las especies y familias, colocados hábilmente á ambos lados del camino de piedra, que serpea en torno de la montaña; villas caprichosas y pintorescas, ocultas unas entre la maleza y perdidas otras entre *cirrus*, allá en una loma plomiza; imágenes de santos y de vírgenes pintados en los muros, quién sabe por qué desconocido discípulo de Rafael, precipicios inmensos en cuyo fondo cruzan veloces raudales de agua turbia; lagos que á aquella altura simulan inmensas planchas de plata; valles verdes como la esmeralda en donde pacen tranquilamente los ganados, é iluminado todo por un sol esplendoroso y deslumbrador.

Nos detuvimos unos minutos á contemplar aquella vista preciosa, y después descendimos del coche que nos había conducido hasta allí y cabalgamos en las mulas, que en menos de media hora nos llevaron á la cumbre deseada.

Penetramos en la Iglesia, donde se cantaba la misa con un órgano desafinado y con voces más desafinadas aún. Allí pudimos convencernos del fanatismo que reina en algunas comarcas de la que fué un día Itálica famosa. La iglesia aquella estivada de carne humana hasta el tope; quién se daba fuertes golpes de pecho, poniendo á prueba su constitución, quién besaba el suelo con frecuencia, y quién lloraba á mares, creyendo ganar de ese modo el soñado paraíso, divinizado por Dante en su poema inmortal.

Tal es la ignorancia y la primitiva sencillez de ciertas gentes; que en Saronno, que queda á pocas millas de Milán, he visto un domingo toda la población en el templo, ir á la madrugada y salir á la puesta del sol, escuchar primero los oficios, después la doctrina y por último el sermón.

El templo que he citado y que se levanta en la cúspide, contiene frescos antiquísimos y pinturas de mérito. Como tal, vale la pena de verse. Como arquitectura no ofrece ninguna particularidad y no se diferencia de la comunidad del género. Hace más de cien años que fué erigido y se conserva todavía intacto como el primer día de su fundación. En el cortil se ven grabados en grandes placas de mármol jeroglíficos latinos, que cubren las tumbas en donde reposan las cenizas de los capellanes que se han turnado en la *regencia*.

El altar mayor y el púlpito ostentan profusión de dibujos y miniaturas alegóricas, relieves y bajo relieves representando el simbolismo sagrado.

No pudimos examinar las ri-

quezas y tesoros que contiene en brillantes, rubíes y topacios, los cálices de oro y plata hábilmente cincelados y los ornamentos sacerdotales, á causa de hallarse oliendo desde el cura hasta el sacristán.

A pocos pasos de allí vimos la elicie bíblica de Moisés, de cuerpo entero, con las tablas de la ley en una mano y con la vara mágica en la otra, hiriendo con esta última una roca de la que salta el agua á torrentes. La estatua, cincelada en blanco mármol de Carrara, es obra de un celebrado escultor, cuyo nombre no puedo recordar. Tiene toques de cincel acabadamente artísticos, y las líneas del rostro conservan la expresión verdadera de la vida.

Es una obra que deben observar detenidamente los viajeros que tengan la heroicidad de hacer aquella ascensión.

Visitado lo único que había que ver, nos dirigimos al hotel, donde un comfortable almuerzo servido por una joven

no Flérida ni Arminda
pero, eso sí, tan linda
que casi era una chica encantadora.

nos devolvió las gastadas fuerzas y el buen humor, perdido en aquella ascensión fatigosa y difícil.

Hicimos un poco de música en un viejo Pleyel, mientras trascurrían las horas en que el calor raja la tierra. Tamagno nos regaló algunas de sus notas formidables, que fueron á repercutir con bronco estruendo en las naves de la iglesia vecina, alborotando el cotarro de feligreses, con gran descontento del padre superior, mientras nosotros charlábamos amigablemente con la joven aquella, que aunque colegia que éramos *herejes* impenitentes y liberales incorregibles, no la desagradaba, por lo visto, nuestra compañía.

Serían las tres, cuando emprendimos lentamente el descenso á pie, porque con las mulas nos habríamos expuesto á rodar una y mil veces por aquellas ásperas pendientes, con grave exposición de nuestro bautismo.

Nos despedimos con pesar de aquella muchacha virtuosa, planta exótica en medio de los montes, único resto de cultura femenil que hallamos por aquellos *pagos* hospitalarios.

Al estrechar su mano en la nuestra nos dijo ¡adiós! en un italiano tan dulcísimo, que todos á una prometimos volver.

Tengo todavía incrustrado en la pupila el semblante hermoso, intensamente expresivo, el talle esbelto, y la mirada de fuego de aquella deliciosa muchacha.

No habíamos andado todavía veinte pasos cuando, como brotados de las rocas, se nos presentaron una docena de aldeanas con santos, cruces, crucifijos y medallitas, y ante aquella avalancha inesperada, viendo que sería imposible proseguir tranquilos nuestra

marcha, preferimos regalar un franco á cada una y dejarles los objetos con que se buscan honradamente el sustento diario.

Esa emboscada femenina vino á contrastar prosaicamente con aquel último *addio* que parecía una nota del poema eterno.

En el descenso visitamos los doce santuarios que representan la Vía Crucis del Señor,—en donde gran número de hombres, mujeres y niños rezaban interminables oraciones,—y que están en contradicción constante con todo lo que significa arte.

En cada uno de estos santuarios hay manantiales de agua fresca y cristalina que cura, según la piadosa leyenda, todo género de males, y hasta hay una que se llama «Fontana de los enfermos,» donde una vieja... un poco vieja, puesto que frisa en los ochenta, se acerca á los viajeros á ofrecerles el agua milagrosa.

Nosotros rehusamos tomarla, primero porque teníamos nuestras dudas respecto á sus virtudes y eficacia, y segundo porque, como sudábamos á mares, podía ocasionarnos graves desarreglos.

Dimos algunos céntimos á la pobre vieja, que se quedó mirándonos largo tiempo, extrañando sin duda que entre nosotros no hubiera un solo *creyente*, y seguimos nuestro camino.

Entretanto multitud de mujeres y hombres, en filas de cuatro en cuatro, con los brazos entrelazados, subían y bajaban la pendiente rezando el rosario.

Llegamos á la vuelta de la meseta, donde dejamos el carruaje, al caer de la tarde, precisamente cuando *il giorno se n' andava*, satisfechos de nuestra excursión.

Un silencio sepulcral reinaba en aquellas altas latitudes, sólo interrumpido por el grito estridente del buho y el chirrido monótono de los grillos; el sol moribundo descendía lentamente en su parábola y los objetos todos empezaban á tomar esas tintas semigrises que señalan el comienzo de la noche; entonces contemplamos por última vez el imponente y grandioso panorama de las montañas: á uno y otro lado los valles y los precipicios; á nuestros pies las cascadas, los lagos y los torrentes; en la cima el templo, las torres y los santuarios, y allá, á lo lejos, perdidos en la bruma, como baluartes inexpugnables, coronados de eterna nieve, los Alpes, con sus cúpulas enormes.

LUIS BERISSO.

Varese, «Villa Margarita,» Junio de 1889.

EN LA HERRERÍA

DE

Carmen Umaña

Se ejecutan trabajos de herrería y armería con puntualidad y esmero.

Imprenta de José Canalías.